

EL DESPOJO

» En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo: porque somos miembros los unos de los otros». Efesios 4: 22-25

Pero nacer de nuevo es solo el comienzo, nadie madura sino se niega a sí mismo, sino abraza la cruz, sino vive el despojo.

Según la palabra de Efesios que nos ocupa, es necesario despojarse de la vieja naturaleza, morir al viejo hombre, llevar a la cruz la antigua naturaleza, la simiente del enemigo que es el pecado, aquella condición de separación de la vida de Dios que es en Cristo. En este punto nos detendremos en este versículo.

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”

Recordemos que las personas, según esta palabra, pueden estar ajenas a la vida de Dios o por ignorancia o por la dureza del corazón.

Pero aquí se nos da más luz sobre el proceso cuando dice: *En cuanto a la pasada manera de vivir despojaos del*

viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos. Vamos entonces a detenernos aquí: **despojaos del viejo hombre**, ¿qué quiere decir? Si en Génesis 3:15 dice que habrá una lucha entre las dos simientes. La historia y nuestra vida están plagados de una lucha entre dos simientes, la simiente del diablo y la simiente de Cristo, por tanto, cuando una persona no tiene a Cristo está muerta y en tinieblas. Vive en la esfera del enemigo, aunque no lo parezca, aunque se porte bien y haga buenas obras, no tiene la vida, según lo aclara también este poderoso libro de Efesios:

«Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo». Efesios 2:1-2

En otras palabras, quien no tiene la vida está muerto, quien no vive en luz vive en tinieblas, quien no obedece a Dios obedece al enemigo de Dios, aunque no lo haga conscientemente. El enemigo obrará con argumentos que le llevarán a vivir en condición de separación de Dios, y sus obras, que no son las de Dios, serán la prueba de su condición de pecado.

Por ello el nuevo creyente entra en una lucha con su vieja naturaleza gobernada por su antiguo propietario. De pronto entra en un estado de conciencia que le permite ver a Dios, verse a sí mismo y reconocer que ha vivido lejos de la voluntad del Señor; por lo cual esta vieja naturaleza debe ser llevada a la cruz del Calvario, crucificada, y en la nueva vida debe obedecer al nuevo Señorío de aquel de quien tomamos nuestra nueva

naturaleza. Todo es hecho nuevo, las cosas viejas pasaron:

«De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». 2 Corintios 5:17.

Nacer es entrar a la potencialidad de madurar en santidad, pero despojarse es dejar atrás voluntariamente lo que no glorifica a Dios en nuestras vidas. En términos positivos, es la manera de apropiarnos de las consecuencias de la vida de Dios en nosotros. La nueva naturaleza empieza a crecer, a buscar espacio en nosotros y su vida va abriéndose paso en áreas que van desocupándose porque Él va ganando terreno en nosotros.

Pero el despojo puede ser algo extraño a muchos creyentes: no toman su cruz, no se niegan a sí mismos. Lo cual implicará un estancamiento espiritual en sus vidas. La semilla no da su fruto si no cae en tierra y muere. (Juan 12:24). El vaso, que es la persona debe ir llenándose del Espíritu Santo e ir obedeciendo a lo que el Espíritu demanda. Porque la obediencia es amiga del Espíritu Santo, como aclara Hechos 5:32: *«Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen».*

De tal manera, el Espíritu en nosotros nos otorga el poder para llevar todo nuestro ser a la cruz del Calvario. Todo nuestro ser debe ser llevado a la cruz para vivir lo que somos en Dios, en Su voluntad, en pensamientos asidos a Su palabra en sentimientos conforme a su Espíritu, en deseos según la voluntad del Señor. Ese es el sentido que podemos darle a la

afirmación del apóstol Pablo cuando apunta: *«por la fe debemos estar juntamente crucificados con Él».* (Gálatas 2:20). Tomando su muerte como propia por la fe, de tal manera que dejemos nuestra vieja naturaleza crucificada con Jesús en la cruz del Calvario; de modo que no sirvamos más al pecado. Negarnos es creer en la obra de Cristo en el sentido de que, *«fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte».* Romanos 6:5. Eso quiere decir que renuncio voluntariamente a lo que creo son mis derechos, y el mayor de ellos es, el derecho a hacer mi voluntad.

Negarnos es creer que, por la obra sacrificial de Cristo se ha debilitado el poder del pecado en nosotros. La fuerza del pecado en nosotros ha sido vencida cuando decido crearme juntamente crucificado con Él, y lo aplicó en mi diario caminar.

Si lo recibimos por fe tenemos que creer que por la misma fe Él va a hablar y a actuar en mi vida. Si no tengo la fe, requiero pedirla al Señor, porque hasta en eso somos inútiles. Incluso por la fe necesitamos pedir.

De otra manera, cuando en el creyente conviven el viejo hombre y la nueva naturaleza, surge un cristiano carnal religioso, las dos simientes en la misma persona. Entonces la persona ora, viene a la iglesia, conoce la Biblia, pero no hay mudanza, no se manifiesta el fruto de la simiente de Dios en el creyente, no se lleva el fruto del Espíritu, porque su antigua naturaleza no es llevada a la cruz.

Despojarnos por la obediencia

Por lo anterior, entonces negarnos, despojarnos, es dejar nuestra voluntad para hacer la voluntad de nuestro Señor. Es obedecer. Tal como explica el apóstol cuanto nos inquiera:

«No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias. Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.» (Romanos 6:12–14 RVR 1960).

Tomando Su Cruz

Debemos creer que al recibirlo como salvador e identificarnos con Jesús en su muerte somos libres, aunque el proceso de renovación nos tome tiempo.

Nuestra muerte con Él es un acto de fe, somos muertos al pecado y esta fe obra en nosotros. Pero también hay un principio que rige el alma de un discípulo: quien vive en Cristo debe obedecerlo. Si quiere seguir al Maestro resuelve tomar su cruz, y además caminar con firmeza tras la voluntad del Dios vivo:

«Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame». Mateo 16:24.

Así morimos a nuestra voluntad para hacer la Suya, convencidos de que Su voluntad es mejor que la nuestra,

«buena, agradable y perfecta». (Romanos 2:12). Su plan para nosotros es superior que el nuestro, y por ello nos rendimos a Él como un hijo se entrega confiadamente en los brazos seguros de un padre. *«Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia».* (Filipenses 1:21 RVR 1960). Decía el Apóstol Pablo.

De modo que aprender a caminar en la cruz es un camino seguro, aunque a nuestra mente le parezca lo contrario. Él sabe de antemano lo que necesitamos, y nos suple generosamente. Jesús cargó en sí mismo con nuestros pecados pasados, presentes y futuros, y pagó por ellos con Su sangre. Volvamos a Él cada vez que nuestra vieja naturaleza quiera tomarnos ventaja, humillémonos creyendo que estamos juntamente crucificados con Él y adoremos en Su presencia hasta que su vida se manifieste en nosotros.

Sin muerte no hay resurrección

Tal vez no nos entregamos confiadamente a Dios por temor. Pero no podemos olvidar, tal como lo expresa la Palabra, que después de la muerte viene la resurrección. Nos cuesta creer que el despojo nos agregará algo superior; si no creemos en la bondad de Dios dudaremos en despojarnos. Mientras que no nos despojemos de nuestra naturaleza, la vieja naturaleza, el pecado seguirá dando su fruto. Pero imagínese la paz interior que usted recibe cuando su conciencia está limpia, cuando se ha soltado el odio, la falta de perdón, la mentira la promiscuidad sexual, las emociones tóxicas, los deseos que nos atan a una vida mediocre. La lista es

proporcional a los aspectos que conformaron nuestra manera antigua de vivir. Pero, en síntesis, se trata de empezar a vivir para Dios. Y lo mejor la experiencia de nuestra unión con un Dios que *todo lo llena en todo. Efesios 1:23*

Muchos creyentes nunca viven el despojo, porque no creen que Dios tiene algo mejor que su vieja naturaleza con sus viejos hábitos. Pero la verdad es que cada vez que nos negamos, cada vez que nos hacemos débiles recibimos algo nuevo de Dios. Cada vez que soltamos el control, Él toma nuestras vidas en Sus manos y prospera nuestras almas porque vamos creciendo a Su estatura, a su semejanza.

Cada día Dios, nuestro Padre, nos presenta oportunidades maravillosas para negarnos a nosotros mismos, para soltar falsas cargas, nuestras ventajas, nuestro querer ser servidos, nuestros temores y, por el contrario, dar de Él en nosotros para servir, amar, ayudar e interesarnos por el prójimo. Si vivimos centrados en Él y no en nosotros, hallaremos un profundo placer. El placer de dejar fluir Su amor a través de nuestras vidas. Hay que experimentarlo para poderlo comprender.

Una impotencia que da fruto

Por eso el que se despoja entra en un camino de dependencia de Dios. Porque si no podemos, si no sabemos, ¿qué tenemos que hacer? Depender. No es solamente luchar contra nuestros hábitos, una cosa es el pecado y otra cosa son los pecados. Los pecados son nuestros comportamientos externos que son el fruto del pecado, que es

como Dios llama nuestra naturaleza independiente de la vida de Cristo.

Depender nos garantiza estar unidos a Él, tal como lo dijo nuestro amado Señor, Él es la vid y nosotros los pámpanos y desprendidos de Él nada podemos hacer.

Despojarnos siempre nos llevará al estado de inutilidad, debilidad e incapacidad cuya contraparte es ser útiles en Dios, fuertes en Su poder que nos hace capaces por Él. En ello, en nuestra debilidad y dependencia, somos Semejantes a Cristo: Jesús mismo, siendo Dios encarnado, no tuvo vergüenza de declarar su inutilidad en Juan 5:19 y 30: *«yo nada puedo hacer»*.

Pero nosotros en nuestra naturaleza pensamos que declararnos inútiles es vergonzoso. ¿Somos entonces superiores a Cristo? La opción no es nuestro poder, nuestra opción es sólo creer, depender y decidir obedecer.

Parafraseado su mensaje nos habla de dependencia: *«yo por mí nada puedo hacer»*, porque dependía del Padre y del Espíritu. Él siempre dijo *«¡yo no puedo! pero mi Padre sí»*, *«puedo en el poder del Espíritu Santo que está sobre mí»*.

¿Cuántos todavía creen en su utilidad, artilugios, estrategias, métodos, principios y disciplinas para ser madurados y santificados? Hoy usted tiene que renunciar a eso, porque eso hace parte de la herencia del Huerto, de la naturaleza que heredamos de Adán quien recibió la mentira de Satanás quien le dijo *«¿quieres ser como Dios?»*. ¿Será que nosotros queremos ser como Dios, pero independientes de Él? ¿Será que

queremos regular la vida? Es decir, que cuando nos va mal en la economía, en el hogar, en la vida entonces en vez de preguntar a Dios, ¿qué quiere que aprendamos, ¿qué quiere quitar de nosotros?, corremos a tratar de resolver en nuestras fuerzas, olvidando que Dios tiene todo el control de todas nuestras circunstancias y que Él mismo fluirá a través de nosotros si decidimos en Su Voluntad. Quien muere no pierde su capacidad volitiva, sino que decide alinearla a Su Dios.

¿HASTA DÓNDE QUEREMOS AVANZAR EN DESTERRAR AL ENEMIGO?

Para empezar, preguntémonos: ¿Hasta qué punto somos aguerridos en despojarnos de todos aquellos enemigos, llamados pecados, que se levantan para que nosotros no alcancemos nuestra semejanza a Cristo? La razón es que hay pecados, enemigos que erradicamos, de los que nos despojamos con determinación; pues somos conscientes de que nos estorban y de todo corazón no los queremos en nosotros, y por eso nos sometemos a despojarnos, según Efesios 4:22. Pero hay otros enemigos que persisten en no irse de nosotros, como pasó con los Cananeos en medio de los hijos de Manases: ***“Más los hijos de Manasés no pudieron arrojar a los de aquellas ciudades; y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra”.*** Josué 17:12.

De manera que, para entender, observemos quiénes eran los de la Tribu de Manases, cuál fue su proceder, o al menos lo que espiritualmente significan. Primero, Manases fue hijo de José, o sea que su padre era hebreo, pero su madre Asenat, era egipcia; así que Manases por su linaje, era mitad hebreo y mitad egipcio. Esta tendencia a congeniar con lo que era de otro linaje persistió en esta tribu, la palabra nos cuenta por ejemplo que Asriel, hijo de Manases, era hijo de una concubina Siria. (1 Crónicas 7:14).

Este asunto se manifestó en el tipo de altar que ofrecieron, un altar como parte de la costumbre hebrea, pero

hecho a su manera, de grande apariencia, a lo egipcio—simbólicamente a la manera del mundo— de buen aspecto (Josué 22:10). Esto ocasionó un problema en su entorno y una tremenda confusión, porque ni la forma, ni el sentido eran el del Dios hebreo. El altar del Señor era para holocausto y sacrificio; sin embargo, el que ellos inventaron era, según su parecer, para testimonio. Esto evidencia que esa mezcla era fruto de su herencia espiritual, fruto de su estirpe mitad hebrea y mitad egipcia.

Ya sabemos que Egipto en la palabra de Dios tipifica el mundo, preguntémonos entonces si ¿vamos a persistir con un doble linaje, uno de Dios y otro del mundo? ¿es decir, persistiremos en ser mitad hebreos y mitad egipcios? ¿O vamos a pelear hasta erradicar lo que no es nuestro, hasta que nos despojemos de todo lo que sea de Egipto en nosotros? Pues los hijos de Manases no erradicaron a los cananeos: ***“Mas los hijos de Manasés no pudieron arrojar a los de aquellas ciudades; y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra”.*** Josué 17:12.

Lo anterior, nos permite ver que a los de la tribu de Manasés les faltó la fe y el amor por la libertad total de los hebreos, para despojarse totalmente de los persistentes cananeos, prefirieron hacerlos parte de su vida, de su doble linaje.

Recordemos entonces, que nuestra carne no ama lo que es del Espíritu de nuestro Dios, además que nacemos con el ADN de Adán, es decir tenemos una primera herencia que no pedimos; pero después, recibimos otra herencia, que es la vida de Cristo en nosotros, y su

Espíritu nos garantiza el poder para vencer esa vieja naturaleza.

De manera que solo su Espíritu en nosotros nos ayudará con una fe ferviente para poder creer que podemos ir más allá, hasta extirpar, despojar, llevar a la cruz, renunciar a todo aquello que no es de Dios en nosotros; y poder recibir también por fe lo nuevo, la libertad total y la verdad. Que Cristo sea el todo en nosotros, hasta poder decir, tal como Jesús dijo: ***"No hablaré mucho más con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, y él no tiene nada en mí"*** Juan 14:30.

¿Hasta dónde persistiremos en alcanzar nuestra libertad? ¿Dejaremos enemigos tributarios y seremos solo libres a medias? Porque la tribu de Manases como era mitad egipcia y mitad hebrea, también fue medianamente libre. Hacerlos tributarios, en el caso de esta tribu, quiere decir que ellos recibieron algo, un beneficio (de parte de los Cananeos), a cambio de dejarlos convivir en sus campamentos.

Recordemos que algunos pecados nos ofrecen beneficios, es por ello por lo que aceptamos que convivan en nosotros, los hacemos tributarios, pero no nos deshacemos de ellos. Como pasa por ejemplo con la inmoralidad sexual, que nos ofrece placer; la vanidad, que dejamos en nosotros a cambio de ser admirados; el orgullo, que nos ofrece hacernos reconocer por otros como superiores; o las relaciones que conservamos, a cambio de la comodidad o algún beneficio que nos ofrece, aunque sean relaciones contrarias al Señor. Muchos conservan relaciones perniciosas a cambio de no estar solos, o a cambio de tener

recursos o diversión. Porque nos cuesta enfrentar nuestros vacíos, nuestra soledad, nuestra incapacidad. Pero la verdad nos hace libres y Dios nos invita a enfrentar lo que en realidad somos para ser gradualmente transformados por su amor y su poder. Muchos pecados quedan en nosotros sencillamente porque les atribuimos una tarea que alimenta nuestros deseos carnales. Eso mismo pasó a los de Manasés, quienes no fueron más allá, y finalmente dejaron al enemigo en sus vidas a cambio de ciertos "servicios": ***"Pero cuando los hijos de Israel fueron lo suficientemente fuertes, hicieron tributario al cananeo, mas no lo arrojaron. Josué". 17:13.***

Pero el Señor nos quiere limpios, por la fe en su sangre y avanzando en nuestra santificación, si creemos en el poder de su Espíritu para ayudarnos. Él no nos quiere como Efraín, que era una torta medio asada, ***"porque Efraín se ha mezclado con los demás pueblos; Efraín fue torta no volteada". Oseas 7:8.*** Dios quiere que su obra sea completa en nosotros, y esto será posible por nuestra decisión a la fe, a la verdad y a la libertad total que solo es posible cuando derrotemos cada enemigo en nosotros: Cada mentira, cada tibieza, hasta que las áreas de nuestro ser sean gobernadas por el Espíritu Santo.

Dios, para madurarnos y santificarnos, tiene sus métodos. Vamos a verlos después de aclarar que es renovarnos porque *El despojo* y *La renovación* son dos caras de una misma moneda.

RENOVAR EL ESPÍRITU DE LA MENTE

«y renovaos en el espíritu de vuestra mente». Efesios 4:23.

«y revestido del nuevo (hombre), el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno». Colosenses 3:10.

¿De qué habla esta renovación? ¿Qué es lo nuevo que puede estar en nuestra mente? ¿De qué conocimiento pleno nos habla esta palabra?

Porque el despojo tiene una sola función y es vaciarnos, para poder recibir todo lo que Dios quiere darnos, en nuestra vida espiritual, en nuestro carácter, en nuestra economía, en nuestra familia, en todo. Él quiere darnos nuevos hábitos, nuevas maneras de vivir, llenura, plenitud. Él quiere que experimentemos la belleza y el gozo de todo lo que Él toca con sus preciosas manos. Pero no hay crecimiento si la semilla no cae en tierra y muere. (Juan 12:24).

La victoria sobre nuestra vieja naturaleza implica que lo nuevo crezca. No es solo despojarnos de nuestros viejos hábitos que lastiman a Dios, a otros y a nosotros mismos. Es ser conscientes de que nuestro viejo ser requiere ser llevado a la cruz del Calvario para levantarse renovado. Con el tiempo entenderemos que no se trata de dejar solamente viejos comportamientos; se trata de dejar atrás nuestro ser sin Dios y dejar

nacer cada parte de nuestro interior a esa nueva naturaleza que es la simiente de Cristo en nosotros. No se trata de perder nuestra alma, se trata de perderla para encontrarla. No se trata de perder la capacidad de desear, sino de desear teniendo en cuenta la voluntad de nuestro Creador, que es más sabia que la nuestra. No se trata de no sentir, sino de renovar nuestras emociones en el amor de Cristo. No es aniquilarnos y auto rechazarnos, es experimentar lo que significa ser amados por Dios. Como tanto lo reitera Efesios 1, «...ser aceptos en Él». No se trata de votos de pobreza, ya que se puede ser pobre y en nada obedecer al Señor. En general, no se trata de restaurar lo que fuimos, sino de vivir en una nueva vida, la de Cristo en nosotros. Es como dice Mateo 10:39, un perder para ganar: ***“El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”.***

Pero esto solo lo puede comprender quien al nacer de nuevo decide, por voluntad, propia seguirlo, ir por donde Él va, por amor, por la convicción de que se vive mejor a la manera de quien nos diseñó.

La fe viene por una revelación de la persona de Cristo

Dios quiere ser conocido por nosotros porque nos ama y la fuente más pura de su revelación está escrita en la Palabra que es justo aquello que puede llegar a esta parte del alma llamada mente o pensamiento. Pero debe quedar claro que no es un asunto meramente doctrinal, no se trata de saber solo desde la mente humana. La vida espiritual es más que conocimiento

mental. Y el conocimiento de Dios es vida. Solo que no puede ser conocimiento solo racional o intelectual. Aunque Dios, por su puesto, use nuestras mentes y las ayude a crecer. La revelación no es igual a la razón, aunque no se le opone. Por eso Pablo nos insta a renovar el «espíritu de nuestra mente».

Es claro que Pablo tenía por cierto, tal vez por su trasfondo de conocimiento intelectual, que el asunto del evangelio era un asunto de revelación, del Espíritu. Por ello justamente se proponía presentar el evangelio de una manera sobrenatural y no tan solo como el intelectual que en un pasado con base en sus razones retorcidas había en nombre del Señor perseguido a los santos. Por eso deja en claro: *«Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. 1Corintios 2:1 y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder».* 1Corintios 2:4

«Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios». 1 Corintios: 1-5

Necesitamos orar, clamar porque solo al Dios a quien clamamos le puede placer darnos esta revelación de: *«Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y*

aquel a quien el Hijo lo quiera revelar». Mat 11:27; por la revelación de la persona de Jesús, quien es la luz, y el único que puede alumbrar los ojos de nuestro entendimiento, de nuestra mente, entenderemos el evangelio sin contaminaciones amañadas por nuestra razón no renovada.

Pablo sabía que nuestro entendimiento natural puede, en su ceguera, creer que entendemos estando en realidad bien lejos de ello. Podemos conocer la Biblia sin conocer a Dios. Viviremos entonces en la ley y sin una revelación más clara del Dios de la ley. Pablo lo llama «misterio». Hay algo que va más allá de la letra y que nos da en realidad la vida:

«Más hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria». 1Corintios 2:7

Este misterio tiene un carácter sobrenatural, por lo cual, no puede ser visto con nuestros ojos naturales. Lo recibimos de su Espíritu en nuestro espíritu de una manera que el mismo Pablo llama «revelación». Esto es un tipo de conocimiento de carácter sobrenatural. *Luz para revelación a los gentiles,* Lucas 2:32

«Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció

las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios». 1 Corintios 2:11

Su Espíritu en nosotros es, pues, la persona de conexión entre nosotros y Dios Padre. Es a través de Él que recibimos el saber verdadero de quién es Dios a través de la Escritura. De ahí la expresión de Pablo en Efesios 1:17: *«para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él»*.

Este conocimiento de Él es revelado. Por voluntad del Padre y por la persona de Su Espíritu Santo a aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Mateo 11:27. Y esta revelación debe estar primeramente centrada en el conocimiento de la persona del Señor. De no ser así tendremos la mente llena de información y el corazón lejos de Dios. Sin esa experiencia y ese vínculo que vertebra todo lo que es la fe, el amor al Señor. El amarlo a Él y al otro, porque allí se encierra todo el evangelio.

Y nuestro espíritu sabemos bien, no es nuestra alma. En nuestra alma esta nuestra inteligencia, nuestro raciocinio. Pero no es por nuestros sentidos, ni por nuestro raciocinio, ni por nuestro coeficiente intelectual que podemos acceder al conocimiento de Dios. Es Su Espíritu quien revela a Cristo y en Él los asuntos del Padre. Recibimos el conocimiento de Dios de esta instancia sobrenatural y de una manera también sobrenatural. Es decir, en nuestro espíritu, el cual

debe renovar e irrigar nuestros pensamientos, nuestra mente.

De allí la vitalidad de nacer a la vida del Espíritu que se ha venido reiterando. De otra manera no hay garantía, no hay conducto posible. Solo cuando ya hemos entrado en la dimensión de fe y de tener en nosotros la simiente de vida que es Cristo, son los ojos de nuestro entendimiento alumbrados, se vence la ceguera y podemos entender el verdadero mundo espiritual contenido en el evangelio. Pablo da cuenta de ello, Saulo de Tarso «servía a Dios». Y en su servicio participó de la muerte del santo Esteban y persiguió a los cristianos hasta convertirse en un lastre para la iglesia del Señor, arremetiendo con violencia en el nombre de Dios. Porque conocía la ley de Dios, la Palabra, pero no a Dios, por lo cual debió el Señor darle un toque sobrenatural cuando el futuro apóstol se dirigía a Damasco aun respirando amenazas y muerte contra los discípulos, a quienes iba a buscar para sacarlos de las sinagogas y traerlos en su «santo servicio» a Jerusalén en calidad de reos.

Entonces se le apareció el Señor repentinamente y le rodeó un resplandor de luz del cielo. Jesús en pleno, revelándose personal y sobrenaturalmente al siervo para bajarlo de su nube religiosa y ajustar cuentas con Él.

Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: *«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por*

donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado». Hechos 9: 16–18.

Un toque sobrenatural de Dios bastó para que su mente natural fuera desolada, y cerrados sus ojos naturales por tres días de ceguera absoluta, pudieran ser abiertos sus verdaderos ojos, con los que ahora podría ver la verdad, a Cristo mismo, lleno de gracia para un hombre que necesitaba ser sacado de su ley, ajustado en su teología y en su corazón, hasta convertirse en el gran Apосто Pablo. Siervo del Altísimo.

Renovarnos empieza en una revelación de Su persona, no solo es información bíblica

No es solo un asunto de «saber». De hecho, el gran problema de los fariseos era que sabían. Conocían la palabra de Dios, pero no al Dios de la palabra. A la persona de la Palabra. Y este era un asunto antiguo, ya registrado desde Jeremías: Los sacerdotes no dijeron: «*¿Dónde está Jehová? Y los que tenían la ley no me conocieron*». 2:8

Puedo creer saber y no entender nada. Creo poder ver y en realidad estar ciego. De ahí la necesidad de orar por conocer la persona de Dios implícita en la Santa palabra de Dios.

Los Fariseos con los que se enfrentaba a diario Jesús son un ejemplo vivo de este peligro. Ellos

tenían la doctrina correcta, pero no el amor correcto por la persona de Cristo, porque no lo conocían, por eso la Palabra no les era más que letra muerta.

Ellos oían Su doctrina y se maravillaban, se admiraban de Su doctrina «*porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas*». Marcos 1:22. Pero querían matarlo, porque no lo reconocían, sus mentes tenían letra, pero sus mentes nunca habían sido renovadas. Eran creyentes no nacidos de nuevo, no despojados y, por supuesto, no renovados. Por eso espiritualmente estaban muertos y los muertos no crecen, nunca serán maduros. Se podían gloriar en conocer la Ley, la doctrina, pero no podían gloriarse en conocerlo a Él: «*Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová*». Jeremías 9:24

Dios es cuidadoso de la relación correcta. Es nuestra pasión por Él, el verdadero fundamento de nuestra vida espiritual y la centralidad de nuestra madurez espiritual.

Porque en nuestros tratos con su persona es que le conocemos y podemos llegar a amarlo con pasión. De otra manera podemos permanecer en sus asuntos, pero no en Él. Podemos ministrar, servir en Su nombre, vivir en una serie de quehaceres «espirituales» y estar lejos de su persona.

La pregunta de Pablo nos ajusta el tema en el orden correcto. Una vez

trató directamente no con la ley, sino con el Dios de la ley, hizo dos preguntas claves:

Él dijo: «¿Quién eres, Señor?» Y Jesús le dijo: *«Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer»*. Hechos 9:5-6

He allí el orden correcto, primero conocerlo, ¿quién eres Señor?, y después la disposición para los asuntos a obedecer, ¿qué quieres que yo haga?

Conocerlo es la pasión más pura y de ello se nutre nuestro clamor: *Señor quiero conocerte, revélame a mí. Dame ese espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de ti. No permitas que me pierda en tus quehaceres sin saber primero quién eres Tú*.

Un conocimiento que es la vida eterna

«Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.» 2 Pedro 1:3.

Ese **«mediante el conocimiento»**, es una manera poderosa de llevarnos a valorar de otra manera lo que significa en realidad el conocer a Dios. De tal manera, si dispusiéramos nuestro ser a entender que en ello está el recibir **«todas las cosas que pertenecen a la vida»**, dedicaríamos

más empeño en este objetivo y gastaríamos menos tiempo y energía en las añadiduras. Por ello Jesús en Juan 5:39 les hace a los judíos: que ciertamente la palabra daba testimonio de Él, refiriéndose a todas las palabras proféticas que lo habían anunciado como El Mesías, pero ellos no querían los tratos con su persona, en quien estaba la vida: *Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí: Juan 5:39: y no queréis venir a mí para que tengáis vida.* Juan 5:40

Un conocimiento que no es egocéntrico

No está de más añadir que, por su puesto, el Señor guardó un equilibrio maravilloso, y tuvo por convicción que todo lo que Él sabía y disfrutaba del Padre debía ser vertido en otros. Él nunca fue preso de un misticismo egocéntrico, Él amó hasta la muerte y fue un verdadero siervo. Pero paso tiempo con El Padre porque gustaba de su persona, lo conocía, lo amaba y de allí cobró sentido su servicio, su sacrificio por otros. La inversión de este orden traerá a nuestras vidas una peor ceguera, la de hacer algo por Dios o por los otros sin que estas obras provengan del corazón del Señor y tengan como fin la gloria del Señor. Esta ceguera tal vez sea la más terrible, la de los fariseos que se creen buenos y sabios para su propia vanidad.

Así que, este versículo de Efesios 1:17 nos da una luz tremenda. Porque lo que crece fundamentalmente en nosotros es la vida de Dios mismo. Y esto sólo se puede generar en un vínculo amoroso

con nuestro Dios que va madurando como la fruta de un buen árbol. Ese es nuestro santo vínculo con Dios. No podemos tener más de Cristo en nosotros, sin estar unidos a Él. Y, sin embargo, suele ser frustrante nuestra incapacidad para lograrlo. Porque ignoramos que en el mundo espiritual poco podemos hacer. Pero nos queda el recurso de orar como nos enseñó el Apóstol Pablo: «*Señor, revélanos quién eres tú*».

Quien se renueva en el espíritu de la Escritura es para obedecerla

¿Qué quieres que yo haga? tiene una respuesta inmediata en la palabra de Dios. Allí reside el parámetro básico para nuestro comportamiento del día a día. La Biblia es, además, el soporte del Espíritu para revelarnos al Padre, nuestra fuente de palabras, principios y reglas sabias que al aplicarlas tendremos como resultado una vida llena de buenos frutos.

Es justamente nuestro renovarnos en la Palabra lo que refuerza la vida de Cristo en nosotros. No puedo ser cristiano y a la vez tener mi propia filosofía de la vida. El verdadero cristiano piensa a la manera de Dios y no a su manera y obra, por su puesto, de acuerdo con lo que cree.

Una de las metas del cristiano es alcanzar la estatura de Cristo, Efesios 4:13. En este propósito la Palabra ocupa un lugar primordial por cuanto la verdad es que parte de nuestros fracasos se deben al haber llevado durante tantos años vidas

que no tuvieron en cuenta la palabra de Dios como un parámetro a seguir.

Cristo fue claro al respecto. Él relacionó directamente nuestra comunión con Él con nuestra relación con Sus palabras cuando dijo: «*el que me ama mi palabra guardará*». Y más adelante añadió: «*El que no me ama mis palabras no guardara*». Juan 14:23

El verdadero cristiano se reconoce por sus frutos, Lucas 6: 43– 45. Y los frutos están estrechamente unidos al guardar la palabra de Dios. V 46: 49.

Si se revisa a conciencia esta cita encontraremos otra buena razón para ser bíblicos. Quien guarda la Palabra es como quien funda su casa sobre la roca de tal manera que cuando vienen las tormentas no se derrumba, sino que está firme en la fe. Pegados de la roca que es Cristo. Así como nos amonesta Santiago cuando dice en su epístola: «*Pero sed hacedores de la palabra y no tan sólo odores, engañándoos a vosotros*». Santiago 1:22.

La Palabra debe ser tenida en cuenta para la vida. No se trata de mero conocimiento, no es vivir para conocerla, sino conocerla para vivirla al obedecerla: «*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia*». 2 Pedro 1:3

Ese «*mediante el conocimiento*», es una manera poderosa de llevarnos a valorar de otra manera lo que

significa en realidad la vida espiritual como fruto del conocer a Dios. Creo firmemente que, si dispusiéramos nuestro ser a entender que en ello está el recibir *«todas las cosas que pertenecen a la vida»*, dedicaríamos más empeño en este objetivo y gastaríamos menos tiempos, energía y concentración en otros propósitos que resultan en las añadiduras.

Por su puesto, el Señor guardó un equilibrio maravilloso y tuvo por convicción que todo lo que sabía y disfrutaba del Padre debía ser vertido en otros. Él nunca fue preso de un misticismo egocéntrico, Él amó hasta la muerte y fue sobre todo un siervo. Pero pasó tiempo con el Padre porque gustaba de Su persona, lo conocía, lo amaba y de allí cobró sentido Su servicio, Su sacrificio. La inversión de este orden traerá a nuestras vidas una peor ceguera, la de hacer algo por Dios o por los otros sin que estas obras provengan del corazón del Señor.

Quien quiere renovarse va camino a la madurez

Cuando el apóstol Pablo expreso: *«Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño»*, estaba diciendo tuvo un cambio, maduré. Y esta madurez se relaciona en que su manera de pensar hablar y juzgar las situaciones ya no fueron más infantiles. Su arrepentimiento lo llevó a querer pensar como Dios. Este cambio interno, cognitivo, de su mente lo llevó a portarse como un adulto.

Detrás de esta afirmación hay un proceso invisible que podemos abstraer así:

1. Identificó lo que no era de Dios, lo inmaduro.
2. Decidió tomar lo nuevo
3. Lo obedeció
4. Su conducta cambió.

Veamos cada asunto:

1. Identificó lo que era infantil.

La Palabra nos exhorta a no acomodarnos a los paradigmas del mundo en que nos toca vivir. Estamos en el mundo, pero no somos del mundo, dejó claro en Juan 17. Así que no actuamos de acuerdo con las modas de cada tiempo que, por lo regular, están por fuera de los parámetros de Dios. *«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento»*, deja en claro la Palabra.

Este «no os conforméis a este siglo», nos alerta del peligro de ajustarnos a los paradigmas, ideologías, cosmovisiones y, en general, argumentos sociales que aceptamos sin digerirlos a la luz de la Palabra. Pero quien madura escucha lo que Dios habla en la Palabra y por su Espíritu identifica los pensamientos, deseos, sentimientos, reacciones y hábitos que estorban su santidad.

2. Decidió tomar lo nuevo

Hay una decisión en el creyente, pues si algo estorba su decisión de seguir a Cristo y unirse a su vida entonces deben ser cambiados, se despoja como dijimos anteriormente. Pero Dios no nos despoja para dejarnos vaciados. Nos despoja para que podamos asirnos de lo nuevo— una nueva manera de

pensar, desear, sentir o reaccionar— que nos es mostrado en su palabra y por su Espíritu. Porque la palabra de Dios nos instruye en asuntos tocantes a diferentes áreas de nuestra vida que no podrán seguir igual, requieren ser renovadas. Lo nuevo de Dios sale de un corazón que ahora ha decidido entrar en la propuesta de Dios, aunque dicha propuesta no corresponda a lo que el mundo define como válido. El nuevo creyente no se conforma a las modas de su tiempo. Como bien lo define el libro de Romanos: *No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.* Romanos 12 :2

3. Lo obedeció

Se reviste del nuevo hombre, se renueva con nuevo ropaje de santidad y justicia, y porque quiere lo que es de Dios, obedece. Le apasiona la voluntad de Dios para su nueva vida por eso lo sigue. Obedece porque va en pos del Dios a quien ama

4. Su conducta cambió.

Así que por todo lo anterior su manera de vivir es otra. No porque obedezca normas, es que el amor lo venció y ahora el creyente es otro. Su alma, su corazón han sido transformados por eso su conducta, sus comportamientos, sus hábitos son otros. Ya no vive él, ahora Cristo vive en él. Gálatas 2:20. La cruz ha obrado con poder. El despojo de sí mismo ha permitido a la semilla de la vida crecer hasta manifestar el fruto del Espíritu que le habitó desde que nació de nuevo. Dio las batallas y venció.



EL REVESTIMIENTO

«Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». Efesios 4:23

«Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto». Col 3:14

Si en Efesios 4:22 se nos anima a desvestirnos, a despojarnos del viejo hombre, aquí se nos anima a vestirnos del nuevo. El nuevo hombre es el contraste del antiguo. El nuevo, creado según Dios, vive en la justicia y en la santidad de la verdad. El fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad, Efesios 5:9. Con lo cual queda claro, una vez más, que la diferencia o el contraste entre el viejo y el nuevo tiene que ver con la presencia del Espíritu Santo en el convertido. Es por su Espíritu que ahora somos otros. Y podemos en virtud de haber sido hechos partícipes de su naturaleza, poder vivir en Él. Permanecer en Él. Unidos a Él para que su vida se manifieste en nosotros. Tal como El mismo lo expresó en Juan 15:4-5:

"Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que

permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto: porque separados de mí nada podéis hacer".

Así que debemos creer y llevar nuestra voluntad a la suya hasta ser uno con Él.

Tal vez recordar el arca de Dios, nos sirva como una metáfora para comprender nuestra situación espiritual. La Palabra nos dice en Éxodo 25:10-22, que el Arca era una caja de madera de acacia, revestida de oro, en donde se manifestaba la presencia de Dios. Así como nosotros, nuestra naturaleza es dura, la madera de acacia es muy fuerte, se resiste a ser moldeada. Se parece a nosotros, pero Dios sabía que la madera escogida sólo tendría un mejor valor recubriéndola con oro, el metal que representa su divinidad. Eso somos nosotros cuando determinamos meternos bajo su cobertura.

El proceso de despojo nos deja en una condición de debilidad. Al despojarnos llevando a la cruz nuestras fortalezas, aquello que nos hacía fuertes, autoprotegidos, bajo control, fuertes en nuestro poder, sabios en nuestra inteligencia humana, escondidos sin relacionarnos para no ser heridos, quedamos en un estado de vulnerabilidad. Pero Dios sabe nuestra condición de hombres y mujeres de madera perecedera, de rústica vasija de barro. Entonces nos llama a pertenecerle y a meternos bajo sus alas. A permanecer, escondidos, revestidos de Él.

Tal vez nuestra naturaleza persista, la llevamos a morir y parece vivir, aun sin nuestra más profunda voluntad. Pero Dios nos llama a permanecer

abrazados a Él, cubiertos por Su divinidad, escondidos en Él, permaneciendo en dependencia, buscando con intensidad Su presencia, recubiertos de Su naturaleza de oro.

Su espíritu ya está en nosotros. El Arca estaba recubierta de oro por dentro, pero también por fuera. Su vida está en nosotros, es una realidad para el regenerado, para el nacido de nuevo y, aun así, debemos buscar revestirnos de Él, cubiertos por fuera. De ahí la importancia práctica de la oración, de Su palabra, de la adoración, del congregarnos. De todo lo externo que nos blindará con Él.

Así que en síntesis revestirnos es meter nuestra humanidad en la suya por la fe. Es llevar a la unidad con Él cada aspecto de nuestra vida. Vivir en El, es permanecer en Él y Él en nosotros.

DÍA 9

LAS RELACIONES EL TERMOMETRO DE NUESTRA MADUREZ

Efesios 4 y 5

Efesios 4, 5 Y 6, nos baja de las cumbres teológicas de los capítulos 1,2 y 3. Nos aterriza de manera abrupta en la vida del común, nos pone de cara con nuestras miserias y empieza a mostrar una serie de recomendaciones que tienen un eje común: nuestros vínculos. El tejido de nuestras relaciones, donde se tejen y destejen nuestros amores, odios e indiferencias. Allí aterrizamos el vuelo de los altos conceptos de Efesios para preguntarnos. ¿Qué tal son mis relaciones en el hogar? ¿Qué de la relación en los vínculos familiares, entre esposos y esposas, entre hijos y padres? ¿Qué de las relaciones laborales entre jefe y trabajadores?, ¿Qué dicen de mí quienes conocen mi lado oscuro?, ese lado que ocultamos pero que Dios conoce porque Él no puede ser burlado por nuestras argucias.

Así, que permítame cambiar también de tono para aterrizar lo que Dios nos ha permitido entender de manera tan doctrinal, para ponerlo a la altura práctica de nuestra vida común.

Porque es en las relaciones donde voy a forjar mi madurez y a calibrar la medida de Cristo en mí.

Desde Efesio EFESIOS 4:1-3, ya el Apóstol Pablo nos avisaba el poder ver nuestro caminar para medir nuestro estado espiritual:

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu. Efesios 4:1-3.

El Apóstol Pablo se considera “encerrado” en Cristo. Puesto bajo un régimen voluntario de estar en Él, bajo su custodia y autoridad. Es la misma condición expresada en Efesios 3:1. Y aunque en términos naturales ciertamente Pablo estaba prisionero del Emperador, al ser un hombre maduro entendía que todas nuestras circunstancias pasan primero por la mano de Dios, y en ellas estamos sometidos a la voluntad de Dios, aunque dichas circunstancias sean adversas a nuestra condición natural. En ese sentido no estaba preso en el mundo, estaba preso en El Señor, a causa de la misión que desarrollaba de predicación en un mundo caído. Es desde esta condición de sumisión absoluta que amonesta a los Efesios.

Y es allí donde todo parece dar un giro, de todo un andamiaje doctrinal, contenido en los capítulos 1,2 y 3 hacia una puesta en práctica de la doctrina. Y entonces nos lleva de una Teología profunda a un aterrizaje, profundo también, que se concreta en nuestra manera de andar: ***os ruego que andéis***. Un andar que se resuelve, en este pasaje, en el mundo relacional de

los creyentes, en vínculos que contengan una actitud de humildad y mansedumbre, cuya consecuencia es el poder tener la paciencia para soportarnos en amor y así no romper la unidad del Espíritu.

A estas alturas es muy importante aclarar, que dicha unidad no se crea por nosotros. La crea Dios mismo y es un hecho resultante de que El Espíritu está presente, un mismo Espíritu está presente en cada creyente nacido de nuevo.

Aquí la exhortación no es a crear la unidad, sino a guardar la unidad, que es diferente. Este pasaje entonces encierra una conjunción maravillosa entre la obra de Dios y la responsabilidad del hombre. Una visión individual pero también corporativa de lo que somos como iglesia. Porque hay una obra que el hombre no puede hacer, lo hemos notado con relación al nuevo nacimiento: el hombre no puede "parirse" a sí mismo. Sólo Dios lo hace, queda claro en Efesios 2:9-10. Allí está la obra exclusiva de Dios, sólo Él puede darnos esa porción de su Espíritu que hace que podamos ser uno en Él, y llamarnos hijos de un mismo Padre. Pero esta unidad puede perfectamente quedar sin el desarrollo de su potencialidad a causa de nuestra falta de madurez, a causa de que su amor en nosotros, aun embrionario, nos impida amar a los hermanos para guardar lo que Él ya hizo realidad: Nuestra unidad por El Espíritu, en los nacidos de nuevo. Y la gracia que también en amor podemos extender a los que están lejos de Él.

Por tanto, esta responsabilidad personal, individual, no sólo nos afecta a nosotros, afecta al cuerpo, porque somos eso, el cuerpo de Cristo. Lo cual indica que este asunto de la madurez no afecta exclusivamente a nuestro fuero personal. Es un asunto corporativo, de la iglesia en tanto cuerpo de Cristo, de la familia y del escenario laboral o social donde Dios me haya puesto. Mi pecado no resuelto afecta mi entorno.

En otras palabras, la madurez nuestra, el dejar de "*ser niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina*", doctrinas que, entre otras cosas, suelen ser modas pasajeras; se materializa en la manera como nos amamos y guardamos el vínculo de la paz.

Por ello el capítulo además de aterrizarlos, nos pone ante una realidad: que lo que Dios planea para el hombre implica nuestra responsabilidad. El capítulo es una advertencia de lo que en ese momento Pablo entreveía que podía ser fatal para la iglesia: que, de manera inmadura, no fuéramos capaces de andar, de caminar, de relacionarnos, ***siguiendo la verdad en amor, para que crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo. Efesios 4:15.*** Y que tal inmadurez se expresara en ser "***llevados por todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error***". Efesios 4:14.

Por eso nos da estas claves sencillas pero potentes cuando nos llama a la humildad, a la mansedumbre, a la paciencia, al soportarnos, en sencillas palabras, a amarnos. Y en cuanto a la

doctrina nos encapsula a lo que es imprescindible: Entender que la unidad nos hace cuerpo, proviene de su Espíritu, nos da una esperanza propia de nuestro llamado. Un llamado a seguir a un mismo Señor, por la fe en Él, por bautizarnos en su Bautismo, que es símbolo de nuestro sumergirnos en la voluntad de un Padre que es Dios sobre todos, y por todos y en todos.

Recordemos también que el no seguir estos preceptos tiene un costo grande. El mismo que podemos notar en el día de hoy si nos preguntamos ¿dónde está hoy la iglesia de Efesios? Aquellos que fueron hechos hijos de Dios están en los cielos, pero en lo natural la iglesia dejó de existir hace siglos, no está. Hoy estos territorios no conocen a Cristo. Tal vez por ello El Señor mismo amonestó en boca de Juan en Patmos a las generaciones venideras, en esa segunda carta a los Efesios que tenía una queja: ***“Tengo contra ti que has dejado tú primer amor”.*** ***Apocalipsis 2:4*** Ese primer amor, que encierra, cuando proviene de Dios, todo el evangelio. Por eso el Gran Mandamiento así lo expresa: ***De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.*** ¿De cuáles? Allí mismo están expresados: ***Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Mateo 22:37-39***

MADURAR ES VINCULARSE EN AMOR

EFESIOS 4:1-15

Y aun siendo tan importante nuestro tema de *La Madurez*, un evangelio centrado en madurar es anormal. Convertirse y enfocarse en crecer es tan antinatural como que mis nietos se esfuercen en ser adultos. He oído al mayor, tiene cuatro años, decirme: “Yayis, ya soy grande”, lo hace cuando quiere señalar que él puede hacer algo que hacen los mayores. Pero a todas luces su objetivo no es ni crecer, ni hacerse grande. El sencillamente disfruta a papá y a mamá, y va por ahí con sus juguetes pasando el tiempo, aprendiendo. Es profundamente curioso. Y aunque, muchos de sus ensayos terminan en desastre, aprende, y muy seguramente madurará. Un día, si Dios lo permite, será un gentil caballero, inteligente y entusiasta, como su papá, quien también ha ido creciendo en un camino, a veces agridulce, pero seguro y fructífero en las manos de su Padre, El alfarero.

Dios nos llama a ser como niños. Por lo cual no me parece tan buena idea que nuestro énfasis sea “Crecer”. Nuestro énfasis si hemos de madurar, de ser santificados, está en El Señor. En una relación de amor con nuestro Padre celestial y con nuestros hermanos. Para que se cumpla este gran mandamiento: ***Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento.***

La centralidad del vínculo con Dios

Allí debe estar nuestro enfoque. Primeramente, en Él. Porque amar a Dios es el primer mandato, la finalidad del camino espiritual y la relación fundante. Es el vínculo base para quien es santificado y por supuesto madurado. Todo nuestro caminar será válido si nos convertimos en personas que alaban su gloria, tal como lo explica el apóstol Pablo en el libro de Efesios 1: ***El Señor nos escogió, nos hizo sus hijos, a fin de que seamos para alabanza de su gloria. Efesios 1: 6,12,14.***

Sin la certeza de su amor por nosotros y de nuestro amor por Él, la vida espiritual es sólo religión, y en los peores casos una esclavitud que martiriza. Eso es justo lo que he experimentado en mi trajinar con las iglesias cuando observo tantas personas agobiadas procurando ser o parecer espirituales, para terminar en un legalismo ramplón que alejaría la sed espiritual de cualquiera que ande buscando, ante su ejemplo, abreviar en aguas espirituales. Lo sé porque de allí me sacó el Señor, de mi religiosidad farisea.

El vínculo con El Señor es el puerto seguro que tranquiliza, sustenta, fortalece y llena nuestro ser interior para poder madurar. Porque este camino es sinuoso y lleno de altibajos, más de una vez me he encontrado a mí y a otros sumidos en la miseria después de un buen fracaso espiritual.

El énfasis en las doctrinas sin relación con Dios no nos sostiene como creyentes. Este vínculo con Dios

se convierte en el ambiente relacional que nos da la paz para crecer, sin que esté en juego su amor por nosotros. Ese amor incondicional nos da, desde la seguridad de la salvación, la certeza necesaria que nos invita a volver a Él si llegamos a fallar, confiados y arrepentidos. Despojándonos sin temor porque reposamos en su amor paternal. Porque su fidelidad no tiene variación, es inalterable. De tal manera madurar no es nuestro foco. Sencillamente es el proceso natural, normal, que va dándose sin que lo notemos, de manera imperceptible y casi secreta mientras caminamos confiados de la mano de nuestro Padre

Un Dios que traba relación con nosotros

Una tarde, le pregunté a un librero que si él creía en Dios. Y me comentó que de alguna manera creía, pero que en general estaba interesado en conocer el mundo espiritual. Me quede pensando mientras ojeaba mi posible compra— no recuerdo qué libro sería—, pero pensé en su respuesta... “*el mundo espiritual*”. Entonces me volví y le respondí:

— ¿Y si el mundo espiritual es una persona?

— ¿Una persona? — repitió extrañado, tratando de asimilar lo que le estaba diciendo.

Entonces le expliqué que el mundo espiritual era real, existía, pero que...

—Una cosa es el mundo espiritual y otra cosa es la persona de Dios.

Y fui explicándole mi experiencia con la persona de Dios, con Jesucristo. Y

cómo Él, era un Dios que se había hecho carne para, justamente poder ser alcanzable por cualquiera de nosotros, aunque fuéramos gente simple, de a pie. Le pareció interesante.

Y a mí, me parece lo más tremendo del ser creyente, saber que, Dios habla a nuestro corazón y trata con nosotros, hasta que en esos tratos somos transformados a su imagen.

Amasados en los vínculos con el prójimo

He pasado tiempo con muchas parejas, desde su amistad hasta su matrimonio. La mayoría pasan rápidamente por la etapa de la amistad o se saltan esta etapa: quieren en el ardor de la juventud que los carcome de deseos, ser marido y mujer tan rápido como lo permitan las finanzas. Por su puesto los motivo, los acompaño, y espero con paciencia lo inevitable: cada uno en la pareja llega a conocer el lado oscuro del otro.

– *Me arrepiento de haberme casado*– he escuchado una decena de veces.

– *Esta no fue la persona con que me case*– dicen otros.

La realidad es simple, las relaciones implican conflictos. La verdad es más profunda: sólo en los conflictos podemos madurar. Pero lamentablemente la mayoría de las parejas prefieren la vía básica y empobrecida de un divorcio, en vez de tratar con los líos que, cuando se pueden resolver, redundan en madurez y en el fruto dulce de una buena relación conyugal.

Porque cuando quienes se unen en matrimonio son cristianos, se unen

bajo el vínculo de un pacto que Dios usa como el torno donde instala sus vasijas, nosotros, para amasarnos. Las relaciones son la rueda del alfarero. Allí, aprendemos el amor y somos forjados hasta poder cumplir el segundo mandato: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Porque de estas tres relaciones, con Dios, con nosotros y con el próximo, es que vamos siendo formados. Como se dijo antes, de allí depende toda la ley y los profetas. Mateo 22:40. Un amor que no sale de nosotros, porque el amor romántico que aprendemos en las películas dura en las parejas un par de años, y luego, cuando se pasa la prueba, sí es que se pasa, entonces Dios deposita su amor, el que proviene de su Espíritu, el que resiste, perdona y ama con profunda eternidad

Dice además la escritura, que este mandato de amar al prójimo es semejante al primero. ¿Semejante en qué?, en que sólo en el otro puedo amar a Dios. Mi verdadero amor a Dios se refleja en la manera como amo al otro. A ese “otro” que puede llegar a sacar de mí lo peor o lo mejor, lo que soy. Se que hay personas que estimulan lo peor de nosotros. Listo, el otro me sirve como el termómetro que mide mi temperatura espiritual. ¿Cuánto hay de Cristo en mí?, ¿Cuánto hay aún de mí mismo, que deba morir, ser despojado en Cristo? ¿Cuánto soy capaz de amar al enemigo? Eso lo veré en el torno de mis relaciones

En resumen, nuestra relación con el prójimo nos vuelve a Dios. Aun, en ocasiones, cuando el amor parece difícil en relaciones truncadas, maltrechas y hasta imposibles, donde nada de lo que hagamos genera el

vínculo deseado, entonces brota esa providencia del gesto de amor de Dios para volvernos al único lugar seguro, los brazos del Padre.

Vincularse tiene propósito

Porque nuestros fracasos relacionales tienen un propósito: fortalecer el vínculo inalterable con Dios y hacernos ver aquellos asuntos en nosotros que no son a su semejanza. Porque no poder amar a quienes nos desquieren, no poder perdonar, no poder incluso soltar a muchos para probar que Dios nos es suficiente, nos recuerda que pase lo que pase, nuestra prioridad es Él y en todo somos llevados a crecer en su semejanza.

De tal manera también ese clamor por un amor inalterable hacia Dios y los hermanos, nos llevará a nuestro lugar más alto de santidad: aprender a vivir apasionados por Dios y amando a otros, aunque ellos no nos quieran bien.

Es que, la meta es alta: amar a nuestros enemigos y esto sólo será posible por su Espíritu en nosotros. Por su amor en nosotros.

Por qué no empezar, por qué no detenernos a preguntar: ¿Cómo son mis relaciones? ¿Tengo en verdad una relación con Dios? ¿Estoy enfocado en ver que en mis relaciones truncadas hay un porcentaje de mí que es culpable y que esta parte de mí requiere ser llevada a Cristo? ¿Estoy entendiendo que no se crece en conocimiento solamente sino en amar a Dios y a los otros?

Estamos entonces comprendiendo que *madurez* se define de manera sencilla: ¿estoy tan en unidad con Dios que

puedo amar con su amor?, ¿amo a quienes no me aman? ¿Perdono? ¿Busco el bien de mi hermano, lo soporto, le doy de mi vida con generosidad, le guardo la espalda? Porque la divinidad en la tierra se aterriza en que su amor se manifieste en nosotros muy a pesar de nuestra frágil capacidad de amar. Por eso el Señor ha escogido una manera: irrigarnos con su vida, impartirnos Su poder, ser en nosotros, cubriendo nuestra endeble naturaleza. Porque el discurso de un amor que no es el fruto de Cristo en nosotros puede también ser un sofisticado engaño

El ser irrigados por el amor del Padre, experimentar Su amor, es lo único que nos potencia para amar. Solo por esa llenura podremos irrigar a otros con la vida de un reino que no es de este mundo. Entonces su mejor fruto a través de nosotros correrá por el cuerpo como un fluido vivificante. De no ser así, de no ser irrigados por Él, requerimos con corazón sincero clamar por una revelación de lo sobrenatural de Dios para nosotros: la misma revelación que pedía Pablo, como también expliqué en su momento. Sólo así podremos decir que estamos vestidos del nuevo hombre, el que manifiesta la gloria de Dios en la tierra.



TIEMPO DE REFLEXIÓN

1. ¿Cómo son en general tus relaciones?
2. Si tienen tantas relaciones rotas, ¿crees que todo es culpa del otro?
3. ¿Puedes tomar tiempo para orar y preguntarte si muchas de esas rupturas tienen que ver contigo?
4. ¿Cómo es tu relación con Dios?

DÍA 10

LA GUERRA COMO ESTRATEGIA DE DIOS

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Efesios 6:12

Hemos establecido entonces la necesidad de madurar por el despojo, la renovación y el revestimiento de quienes avanzan hasta la meta de la estatura de Cristo. Estatura manifestada en un corazón apasionado por Dios. Pero el camino es sinuoso y los obstáculos innumerables. El enemigo asedia y el creyente se viste de guerra, de toda la armadura de Dios, para estar firme contra las asechanzas del diablo, porque desea pelear hasta obtener el galardón de llegar a tener la semejanza de Cristo.

Así que se libran las batallas, y no cualquier batalla. No enfrentamos solo demonios menores, sino según Efesios 6, principados, potestades, gobernadores de las tinieblas de este siglo, huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Se enfrenta al enemigo de Dios.

Un enemigo que toma las mentes de los que aman las tinieblas para socavar el reino de Dios y a su pueblo: *«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne»*.

«Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia», y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno». Debemos estar ocupados para ganar las batallas del siglo que nos tocó, un siglo plagado de la ideología del anticristo, quien ya parece tocar la puerta de nuestro tiempo, cargado de su pesada artillería de apostasia.

Apostasía bajo el mando de Satanás y sus demonios operando a través de mentiras que van siendo disparadas a las mentes de aquellos que por su lejanía de la verdad no pueden discernir el engaño empacado en propuestas filosóficas, arte, principios educativos y valores políticos que van minando las mentes hasta debilitar la raza humana y llevarle a su fin.

Más no así el creyente que ha madurado y entiende que el Señor le ha llamado a sostenerse *en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos. Efesios 6:18*; obligándonos a salir de rutinas que absorben el tiempo para apartar permanecer delante de Dios, afinando nuestros pensamientos con los pensamientos de Dios y derramando nuestro corazón delante de Él.

De tal manera que en medio de la batalla se va forjando nuestra semejanza a nuestro Señor, quien también es un guerrero valiente y esforzado.

No hay crecimiento sin sufrir los rigores de las luchas que libra un creyente fiel cuando quiere erradicar todo aquello que no tenga la substancia de luz y santidad del Dios al que nos acercamos reverentes.

Una lucha que vale la pena si entendemos la meta gloriosa de nuestro encuentro postrero con Cristo. *Y por ello, todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. 1 Juan 3:3*

Sé perfectamente que nuestro camino espiritual no es exactamente una línea recta. Es un camino que a veces se torna tan difícil y tormentoso que se nos antoja abandonar la senda. Pero un camino sinuoso es normal. Y el Señor nos advirtió: que no sería fácil, *«porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.»* (Mateo 7:13-14.). Y también nos amonesto a no perder la paz, porque Él ya había vencido: *«Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo».* Juan 16:33. Esto es una guerra.

El camino del desierto

El desierto fue el paso de Egipto a la Tierra Prometida. Para entrar a la tierra nueva, a Canaán, Dios trazó una ruta por el desierto. Así mismo ocurre en nuestro transitar a la madurez. Porque en el desierto podemos palpar lo que hay en nuestro corazón (Deuteronomio 8:2). Pero ellos no pasaron la prueba. Dios no quería dejarlos en la aflicción, Dios quería limpiarlos, despojarlos de la vieja manera de vivir en Egipto, que para nosotros es el mundo; hacerles saber

que no sólo de pan vive el hombre. Enseñarles a confiar, a ser mansos y humildes. Mucho era lo que Dios quería enseñarles, tanto como nos quiere enseñar hoy. Sin embargo, muchos se quedaron en el desierto y muchos murieron porque no pudieron despojarse del Egipto que traían en el corazón. No vivieron el despojo del pasado para entrar en la tierra prometida por Dios. No supieron entender, y tal vez tampoco hoy entendemos, el valor de ser probados para que lo que no es de Dios, salga a la luz y pueda ser identificado, llevado a la cruz y renovado en la verdad que es Cristo expresado en su palabra.

Para ello Dios usa Sus recursos, no solo las pruebas, los desiertos, también las tentaciones, los fracasos, y aun las opresiones espirituales con que el enemigo nos pone al límite. Dios está en control y el creyente maduro ya lo sabe. Lo aprendió en el camino, cuando una y otra vez vio la mano poderosa de Dios librándolo de todo tipo de asechanza. Sabe que ante las tentaciones Dios fue la salida, frente al fracaso Dios fue la restitución de lo perdido, que frente a la opresión Dios fue su libertador.

Quien está en proceso y quiere de corazón madurar tendrá que pagar el costo de vivir estas disciplinas y atesorarlas como una corrección divina que a su tiempo dará un fruto apacible a quienes han sido ejercitados en ella. Hebreos 12:11.



TIEMPO DE REFLEXIÓN

1. ¿Puedes ver la parte espiritual de tus conflictos?
2. ¿Cómo libras tus batallas?

